

Gutiérrez, Carlos M. *La espada, el rayo y la pluma. Quevedo y los campos literario y de poder*. West Lafayette: Purdue University Press, 2005. 348 págs. ISBN: 1-55753-361-X.

Reviewed by Fernando Rodríguez Mansilla  
Universidad de Navarra - UNC at Chapel Hill



En la senda de trabajos como *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique* (París: Minuit, 1985) de Alain Viala para la literatura francesa o *Pilgrimage to Patronage. Lope de Vega and the Court of Philip III, 1598-1621* (Lewisburg: Bucknell UP, 2002) de Elizabeth Wright para el caso de Lope de Vega, la investigación emprendida por Carlos M. Gutiérrez viene a cubrir un vacío en los estudios sobre la figura de Francisco de Quevedo. Frente a las diversas aproximaciones (filología, estilística, postestructuralismo, etc.) que han intentado abordar, infructuosamente, la obra de Quevedo para comprenderla como un todo unitario y orgánico, Gutiérrez propone un análisis sociocultural que tiene como soporte el modelo teórico de Pierre Bourdieu y cuyo planteamiento general intenta, en realidad, ahondar en los factores que condicionaron buena parte de la producción literaria de la primera mitad del siglo XVII. La elección de Quevedo, afirma Gutiérrez, obedece a que

este ofrece un caso privilegiado, hasta cierto punto ejemplar, de interacción entre el ejercicio de la literatura y la participación política.

El primer capítulo del estudio (“El primer campo literario español”) sienta las bases hermenéuticas a seguir por el autor. Gutiérrez introduce el concepto de “campo literario:” el microcosmos, con estructuras y leyes propias, en el que se mueven los escritores. Este es un espacio de constante competencia, cuyos miembros intentan legitimarse, distinguirse del resto y, lo más importante, llevan a cabo “tomas de posición” que configuran a la larga su *habitus*, es decir la suma de tales posicionamientos, su trayectoria, “la mediación entre la acción y la estructura” (14). El “campo literario” al que se remiten todos los escritores de la época, aquel en el que deben luchar, tiene por escenario real las academias surgidas en la Corte madrileña. Para demostrar la existencia del campo literario español hacia 1600, Gutiérrez se

detiene a analizar hechos como la sucesión real de 1598, con un joven Felipe III y un Duque de Lerma que inaugura un estilo nuevo de gobernar, impulsando el patronazgo real y a través del mismo concentrando a todos los artistas (escritores, músicos, pintores, etc.) en Madrid. El reinado de Felipe III trae consigo también una acelerada urbanización de la nobleza y una demanda “masiva” de las letras. Una muestra patente de la existencia de este espacio competitivo madrileño es la metaliteratura, que aparece en importante número en los primeros años del XVII, empezando por *Don Quijote*, pasando por las colecciones de novelas cortas con claras reminiscencias académicas, estudiadas hace unas décadas por Willard F. King, hasta textos como el *Arte nuevo* de Lope o, mucho más tarde, *La Perinola* quevediana. La autoconciencia del campo literario se observa también en la polémica en torno a la estética gongorina y los ataques que merecieron sus seguidores.

En el capítulo siguiente, “La interacción literaria,” se abordan los mecanismos (distinción, legitimación y violencia simbólica) con los que contaban los escritores para salir adelante e interactuar en su campo. En lo que respecta a la distinción, el autor se detiene especialmente en la polémica en torno a la poesía gongorina. Don Luis, en oposición a Lope de Vega, habría optado por una poesía “pura” caracterizada por una oscuridad que era percibida, por Lope y sus seguidores, como opuesta al ideal de la lírica castellana. La falsa dicotomía entre una escuela “conceptista” encabezada por Quevedo y otra “culterana” regida por Góngora, transmitida por la historia literaria tradicional, es correctamente puesta de lado. “No hay pues una clara base formal o estilística sobre la que sustentar un conflicto entre Quevedo y Góngora. Pero eso no debe llevarnos a desvirtuar los antagonismos casticistas, regionales, socioliterarios y generacionales que hubo entre ambos” (69). En lo que respecta a la legitimación, Gutiérrez introduce el concepto de “interautorialidad” (el análisis de las relaciones entre los escritores), útil para meditar sobre el proceso por el cual un escritor era “aprobado” y pasaba a ocupar su puesto en el olimpo literario: dedicatorias, antologías, cartas o las “nóminas de escritores” ofrecidas en el *Viaje del Parnaso* o el *Laurel de Apolo*. La violencia simbólica se ejemplifica a través de Cervantes en su *Viaje...*, una suerte de ajuste de cuentas con el campo literario, donde el alcaíno, pese a su talento, no había alcanzado una posición superior, similar a la que ostentaban Lope de Vega como poeta para las masas y Góngora como poeta lírico orientado a una *élite*. El reconocimiento a su labor de novelista llega tarde, debido a que su práctica literaria no encajaba en ninguno de esos dos polos, ocupados ya por autores mucho más hábiles en su interacción con el campo literario, hasta haber alcanzado la cumbre.

La interacción literaria no basta para reflejar el panorama de la literatura aurisecular de la primera mitad del XVII, ya que los autores hubieron de negociar con el campo de poder con la esperanza de alcanzar mercedes que les permitieran tanto subsistir como perseverar en su oficio. En el tercer capítulo (“La interacción con el poder”) Gutiérrez resalta el valor social cortesano de la poesía, el cual hace a los poetas auténticos “bienes muebles” de la nobleza. Asimismo, se reconocen dos maneras de relacionarse con un noble: el clientelismo, que supone escribir obras por

encargo y una lógica de servicio vinculada con un puesto de trabajo, y el mecenazgo, menos restringido, el cual consiste en la subvención económica en fomento de la creación artística. En ambas modalidades confluyen el mercado, propio de la cultura de masas característica del periodo barroco, y las estrategias de la sociedad cortesana: “El mecenazgo literario coexiste con el mercado y es en parte consecuencia de la existencia de un campo literario mientras que el clientelismo suele ser un subproducto de la cultura o la política cortesanas” (137). En este mismo capítulo el autor se concentra en la intervención de los nobles en las academias literarias y concluye que estas constituían “el mercado central de valores literarios” (140), dado que eran el punto de encuentro de nobles y escritores. Los nobles ganaban prestigio al solventar a los literatos y se empapaban de un capital cultural simbólico como lo era la poesía. Los escritores, por su parte, envueltos en la dinámica del poder cortesano, cumplían la labor de exaltar a sus patrones mediante elogios o dedicatorias y los proveían de cultura y entretenimiento. De allí que Gutiérrez también se detenga en el poder propagandístico ejercido por la literatura. A este propósito, se recuerda el aporte de José Antonio Maravall sobre el barroco como una “cultura dirigida y conservadora,” aunque se establece el necesario matiz: “Podría decirse que hay [en la época] dos grandes direcciones: la que apoya implícita o explícitamente el *status quo* y la que lo cuestiona [...]. La capacidad activa de los agentes del campo literario no estaba, en principio, tan constreñida por las estructuras como pudiera pensarse y su capacidad de respuesta dependía muy mucho de las circunstancias y de los receptores potenciales del texto” (157-58). Esto se comprueba considerando las interpretaciones tan dispares que han generado textos de Cervantes o de Quevedo y la imposibilidad de encasillar su propia subjetividad, la cual los convierte, a decir de George Mariscal, en “sujetos contradictorios.” La interacción de los literatos con el poder se muestra bastante compleja como para reducirla simplemente a un mero servilismo de estos hacia los nobles. La poesía resultaba tan atractiva a los aristócratas que muchos de ellos la ejercieron y no dudaron en participar en antologías (como la *Primera parte de flores de poetas ilustres* de Pedro de Espinosa) o reuniones académicas junto a quienes, en principio, eran sus inferiores.

Luego de estos tres capítulos iniciales que trazan el espectro cultural de la primera mitad del XVII, considerando las relaciones del campo literario y el campo de poder en general, el autor inserta finalmente en el escenario a Quevedo. El capítulo cuatro (“El filo de la pluma”) estudia la interacción del autor del *Buscón* con el campo literario de su tiempo. Así, se analizan sus tomas de posición a lo largo de su trayectoria. En primer lugar, sus inicios literarios, cuando se plantea erigirse como contrafigura de Góngora, es decir defensor de la “llaneza” (en oposición a la “oscuridad” de la poesía “cult”). Luego, su posicionamiento como poeta satírico-burlesco, a sabiendas de que la exhibición del ingenio en materia jocosa era sumamente estimado. Es interesante comprobar, a este respecto, que algunas de las facetas quevedescas que ahora se le reconocen no eran siquiera conocidas en su época. Por ello, en tanto no presenta mayor repercusión en el campo literario, Gutiérrez

descarta la poesía amorosa en su análisis de la interacción literaria de Quevedo. Asimismo, se resalta el hecho de que nuestro autor fue, en su tiempo, conocido y elogiado básicamente como filósofo moral o poeta burlesco, según el revelador testimonio de *El crítico* de Baltasar Gracián. Otra toma de posición trascendental en el *habitus* quevediano fue el rescate de las obras de Fray Luis de León y de Francisco de la Torre, que pretendía ser un freno a los embates de la poesía culta diseminada por Góngora. Por otra parte, uno de los grandes giros de la carrera de Quevedo se da en la década de los años veinte del siglo XVII, cuando escribe entremeses y comedias, sumergido en la vorágine de la Corte. En esta época, mientras se dedica a participar a fondo en la vida cultural de palacio, empieza su distanciamiento del conde-duque de Olivares, que tantos males le acarrearía. Y es que para entonces Quevedo ha alcanzado la madurez y pretende, considerando su origen noble y su lugar expectante en el campo literario, no solo interactuar, sino influir de hecho en el campo de poder. Era algo para lo que se había venido preparando desde su extensa relación con el duque de Osuna y su estancia italiana.

Esta última pretensión, que Gutiérrez denomina “la ansiedad política,” es la que bien puede considerarse el objetivo final de la carrera literaria que se labra Quevedo. Dicha “ansiedad política” ha de comprenderse como la imperiosa necesidad que siente el autor de los *Sueños* de influir directamente en las altas esferas de la nobleza dirigente castellana. En este quinto capítulo (“La pluma en el filo”) se trata de salvar el principal problema en torno a la caracterización de Quevedo: contradictorio, esquizofrénico, “hombre de Dios y del diablo,” etc. En lo que respecta a su pensamiento político, Gutiérrez establece agudamente que ha de estudiarse, como todo el resto de la obra quevediana, considerando que en su *habitus* se conjugan los campos literario y de poder. Solo desde la perspectiva de dicha interacción entre campos se comprenden las marchas y contramarchas del carácter quevediano: “Todas esas contradicciones de dicha trayectoria [de Quevedo] lo son menos cuando se contemplan desde la condición-posición quevediana de pretendiente *inter* campos de sus primeras obras políticas (*España defendida*, primera parte de la *Política*, los *Grandes anales*). O cuando se contemplan desde la portavocía oficiosa del partido “aristocrático” [el de Medinaceli] que pareció asumir en los años treinta, condición que se sumó a una oposición individual y personal al olivarismo que, *motu proprio*, parecía haber asumido ya Quevedo” (227). Precisamente es en la década de los treinta cuando la relación con Olivares se deteriora y Quevedo pasa al bando contrario del válido. En este contexto hay que ubicar la *Execración contra los judíos*, panfleto que ataca a los banqueros portugueses amparados por don Gaspar de Guzmán. Una última hipótesis, que por arriesgada no pasa de ser una sugerencia, sobre el afán quevediano de influir en el campo de poder es la que propone una lectura política de algunos de sus poemas religiosos, donde podrían hallarse también críticas a Olivares.

Considerando lo expuesto, *La espada, el rayo y la pluma* es más que otro libro sobre Quevedo. No solo lee la obra quevediana en su conjunto desde una perspectiva nueva (la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu) para los estudios auriseculares,

sino que intenta articular una teoría de sólida base para comprender varios aspectos de la literatura barroca española (el papel de las academias, la polémica en torno a Góngora, la interautorialidad, las relaciones entre literatura y propaganda, el patronazgo, etc.) explotando con eficacia todas las aristas de su tema de estudio, aquel complejo y aún inasible don Francisco de Quevedo. Si un objetivo explícito persigue Gutiérrez a lo largo de su investigación es el de cuestionar el aserto de Borges que definía a Quevedo como “menos un hombre que una dilatada y compleja literatura.” Y lo consigue: el Quevedo que surge de *La espada, el rayo y la pluma* es, como reitera Gutiérrez en sus conclusiones finales, un escritor de acción.